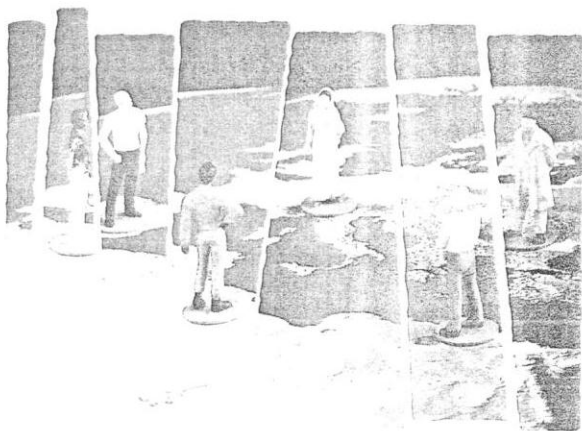


José Fernández-Rufete · Modesto García Jiménez (eds.)

Movimientos migratorios contemporáneos



TEXTOS DE ANTROPOLOGÍA



MOVIMIENTOS MIGRATORIOS CONTEMPORÁNEOS

© José Fernández-Rufete y Modesto García Jiménez

© Fundación Universitaria San Antonio

1ª ed.: Murcia, 2005

I.S.B.N.: 84-96-353-35-4

D.L.: MU-1.296-2005

Edición realizada para la Universidad Católica San Antonio
por *QUADERNA EDITORIAL*

Telf. 968 343 050 - quaderna@telefonica.net

Impreso en España. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso expreso
y por escrito de los titulares del Copyright.

Índice

A manera de prólogo.....	7
Modesto García Jiménez	
Europa y los movimientos migratorios de finales del siglo XX.....	23
Klaus J. Bade	
Desórdenes urbanos e inmigración francesa actual. ¿Qué relación hay entre ambos fenómenos?	55
Juan Matas	
Superar Schengen.....	75
Leocadia Díaz	
La imagen de la inmigración en los medios de comunicación	107
Miquel Rodrigo Alsina	
El imperio dependiente. Mano de obra agrícola en Estados Unidos	139
Jorge Durand	
Los otros inmigrantes: residentes europeos en el sudeste español	161
Antonio Aledo Tur	
Entre europeos: acerca de una posible conciencia europea. El caso de residentes europeos en España	181
Klaus Schriewer · Modesto García Jiménez	

- 2000d. «La comunicación en la encrucijada de la sociedad de la información», en *Sphera Pública*, n.º 0, pp. 85-97.
- 2000e. «Etereotips i prejudicis en la comunicació intercultural», en *DCIDOB*, n.º 77, diciembre, pp. 8-11.

RODRIGO ALSINA, M. y MARTÍNEZ NICOLÁS, M., 1997. «Minorities étniques i premsa europea d'elit», en *Anàlisi*, n.º 20, pp. 13-36.

SITERAN, K.S. y COGDELL, R.T., 1976. *Foundation of Intercultural Communication*, Columbus (Ohio): Charles E. Merrill.

VAN DIJK, T. A., 1991. *Racism and the Press*, Londres: Routledge.

VÁZQUEZ MEDEL, M.A., 1999. *Mujer, Ecología y Comunicación en el nuevo horizonte planetario*, Sevilla: Mergablum.

El imperio dependiente. Mano de obra agrícola en Estados Unidos

Jorge Durand
Universidad de Guadalajara
México

«Yo no sé quién va a cosechar esas lechugas?
Yo...?, ¡NO!...»¹

La imagen del trabajador mexicano en la agricultura quedó inmortalizada en las fotografías que tomara Dorothea Lange en la década del treinta y cuarenta. Pero esa imagen ya no corresponde con la realidad del siglo XXI, donde sólo una quinta parte de la población migrante se dedica a este tipo de actividad.

La reducción sustancial de la mano de obra agrícola en el campo, a lo largo de todo el siglo XX, se debe obviamente a la mecanización. El avance de la ciencia y la técnica en la agricultura ha sido determinante para el progreso económico y el futuro todavía nos depara muchas sorpresas. No obstante, todo tiene un límite. La agricultura ocupa entre dos y dos millones y medio de trabajadores anualmente y la reducción de personal cada día es más lenta y difícil.

Pero a medida que el campo se mecanizaba se ha venido dando un proceso paralelo de mexicanización. Los mexicanos han ido desplazando a la mano de obra local y fuereña y prácticamente se han adueñado del mercado de trabajo agrícola. Lo que antes era un fenómeno regional, típico del

¹ Trabajador mexicano legal que acomoda lechugas en un supermercado en Salinas, California.

sudoste, se ha convertido en una dinámica de dimensión nacional, que incluye el medio oeste y la costa este, tradicionales bastiones de la mano de obra blanca, afroamericana y caribeña.

Pero el proceso de mecanización de la agricultura ha abierto la puerta a un proceso semejante de indigenización. Fenómeno, que ya tiene un amplio desarrollo en México y que se empieza a detectar de manera inicial en la agricultura norteamericana.

En este trabajo se pretende analizar en detalle los procesos de mecanización y mexicanización y apuntar lo que vendría a ser el futuro de la agricultura en Estados Unidos, con una participación cada vez mayor de mano de obra de extracción indígena.

La mecanización

La mecanización de la agricultura es una vieja y permanente obsesión de los granjeros norteamericanos. Primero se eliminó la tracción animal: bueyes y caballos fueron expulsados de los campos por el rugido del tractor. La roturación, preparación del terreno y la siembra se mecanizaron rápidamente. Mientras a comienzos de siglo se empleaban 37,5 millones de personas en la agricultura, en 1940, ya avanzado el proceso de tracto-rización, sólo se empleaba a 17,4 millones (World Almanac, 2000).

Pero a pesar del progreso tecnológico que significó el tractor, el problema principal seguía siendo la cosecha, que requería de ingentes cantidades de mano de obra en periodos determinados. Los avances fueron graduales y variaban de acuerdo al tipo de producto. Para la cosecha de granos se encontró pronto una salida y las máquinas arrasaron con sus aspas, de manera definitiva, a la mano de obra. Las cosechadoras de trigo, cebada, sorgo y maíz dejaron para la historia y el recuerdo, herramientas centenarias como la hoz y la guadaña. En los casos del algodón y el betabel la solución no fue tan rápida, dos rubros donde se requerían cientos de miles de braceros mexicanos y donde el factor mano de obra resultaba crucial. En el caso del algodón la disposición de mano de obra mexicana y afroamericana parecía ser ilimitada. Pero en el caso del betabel, que se

producía más al norte, en las grandes planicies y el medio oeste, la solución era mucho más complicada, porque había que importar trabajadores desde muy lejos.

En la cosechadora de algodón se avanzó poco a poco. La primera patente data de 1928 y corresponde al proyecto presentado por los hermanos Rust. La máquina fue probada en un campo experimental en 1931, pero fue la necesidad de mano de obra, durante la segunda guerra mundial, la que infundió nuevos bríos a las empresas comprometidas en este proyecto. En 1942 la compañía Internacional Harvester anunció oficialmente su intención de producir cosechadoras de algodón, esfuerzo que pudo finalmente culminar en 1948, cuando aparecieron en el mercado las primeras mil cosechadoras comerciales. Luego, en 1952, la producción ascendió a ocho mil cosechadoras y a esto se sumaron los esfuerzos de otros dos gigantes del medio agrícola: John Deere y Massey-Ferguson (Smithsonian Institution, 1957).

En 1951, sólo el 8% de la producción de algodón estaba mecanizada, pero para 1964 la mecanización había alcanzado hasta el 78% (Calavita, 1992). El efecto fue inmediato, los trabajadores agrícolas dejaron el cultivo del algodón y muchos empezaron a dejar Texas para dirigirse a otras regiones donde había más trabajo. California y Florida, por ejemplo, donde la cosecha de verduras, frutas y nueces requería de grandes cantidades de trabajadores.

En la cosecha de betabel, que requería de cientos y miles de trabajadores, siempre había problemas para el reclutamiento de mano de obra y se experimentaron diversas soluciones. Primero se reclutaron trabajadores migrantes de origen europeo, pero con el desarrollo industrial de Chicago y Detroit, éstos abandonaron pronto las labores del campo y se fueron a la ciudad. Fueron substituidos por "betabeleros" texanos y mexicanos, que remontaban al norte en tiempo de cosecha. Luego, durante la gran depresión, los mexicanos fueron deportados y dejaron sus puestos nuevamente a inmigrantes europeos. Durante la segunda guerra se volvió a contratar mexicanos, en esta ocasión braceros, pero había gran oposición. Por eso se experimentó, en 1950, con la importación de portorriqueños, pero no resultaron tan dóciles y adaptables como los mexicanos.

Finalmente, sería la mecanización la que terminaría de una vez por todas con el problema de la mano de obra. Los avances tecnológicos empezaron en la década del 30. Posteriormente se logró mejorar la producción de semillas y se experimentó con herbicidas, lo que eliminó más trabajadores, hasta que en 1955 las máquinas rebanadoras y cosechadoras desplazaron totalmente a la mano de obra (Valdés, 1991). En la actualidad sólo se requiere de dos peones para recoger, ocasionalmente, las "bolas" que la máquina no pudo levantar.

Otro tanto pasó con la cosecha del jitomate para pasta. Al finalizar el programa bracero, en 1964, los productores pensaron que tendrían que trasladar sus cultivos al otro lado de la frontera, pero no fue así. Se pudo lograr producir un jitomate uniforme y de menor tamaño que pudo ser cosechado mecánicamente (Rural Migration News, abril, 1996).

La cosecha de nueces y almendras también se mecanizó y las varas con las que los trabajadores sacudían las ramas fueron reemplazadas por una máquina que sacude el tronco del árbol y provoca la caída de las nueces. A esto se añadieron las máquinas descascaradoras que también eliminaron a miles de trabajadores.

En la cosecha de verduras—lechuga, repollo, brócoli, coliflor— la reducción de personal se dio en la fase de selección y empaque. Ahora el proceso de embolsado, empaque y sellado de la caja se realiza en el campo. La máquina simplemente sirve como un elemento de tracción, que marca el ritmo de los trabajadores, facilita el empaque y almacena el producto, que luego se traslada a un camión de transporte y de ahí se va enfriar y al supermercado.

Lo mismo ha sucedido con la fresa que se usa para mermelada. Anteriormente, los trabajadores cortaban la fresa en el campo y luego, otros trabajadores la "despataban" en las procesadoras. Ahora el trabajador corta la fresa y la despata al mismo tiempo, con una uña de metal, de tal modo que el rabo se queda en la planta. De esta manera se han ahorrado una fase en el proceso de producción, que requería de miles de trabajadores. Lo que no se ha resuelto todavía es el efecto que produce el ácido en las manos de los trabajadores, que quedan destrozadas (quemadas y agrietadas) después de cada temporada.

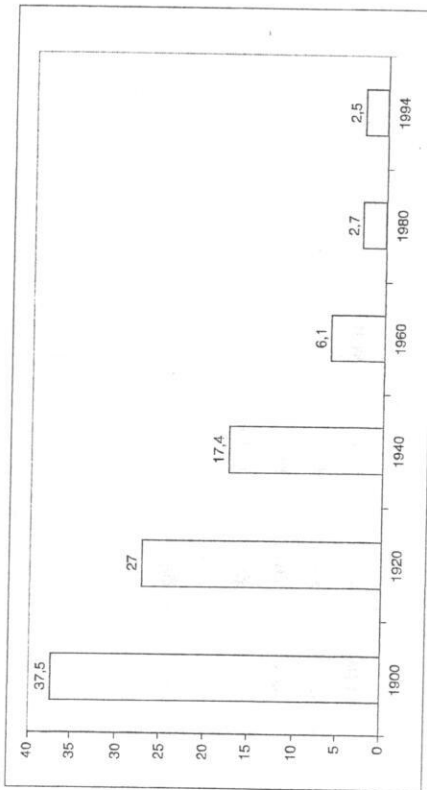
Recientemente, la cosecha de caña de azúcar, que tradicionalmente ocupaba a miles de trabajadores durante la época de zafra, ha empezado a ser mecanizada. Por lo pronto, cerca de 2.000 cortadores caribeños que trabajaban en Florida, para la firma US Sugar, han dejado de ser contratados, rompiendo una dinámica inaugurada hace más de 50 años de contratar trabajadores con el sistema de visas HZA (Rural Migration News, enero, 1997).

La cosecha de uva, aceituna, manzana, durazno, chabacano, cítricos y otros tantos frutos sigue demandando mano de obra, pero ya se dispone de tecnología para reemplazarla. El cambio no ha sido radical, en primer lugar, por el costo que significa la inversión, tanto en maquinaria como en el ajuste que se debe realizar con las plantas y el terreno. En segundo término, porque la cosecha mecánica suele afectar el producto. En algunos casos esto no es problema, como en la uva para vino o la aceituna para aceite, pero sí afecta en el caso de la uva y la aceituna para mesa, que son las variedades que tienen más valor en el mercado. Finalmente, las cosechadoras mecánicas también pueden afectar a la planta, sobre todo a las raíces y por tanto puede afectar la producción de la siguiente temporada.

En otros casos, como la cosecha del melón, pepino, perejil, no existe todavía un posible reemplazo. Pero todo es cuestión de tiempo. Al parecer no hay imposibles en la mecanización de la agricultura. Algunos agricultores, por ejemplo, están experimentando con la cosecha nocturna de uva de mesa, que se realiza con linternas, lo que ahorra costos de enfriamiento y reduce el estrés de los trabajadores que durante el día tendrían que soportar altas temperaturas. Otro avance, que tiene que ver con el control de la temperatura, se ha dado en el cultivo del champiñón. Que antes era estacional y ahora se realiza todo el año, porque las empresas han invertido en la instalación de aire acondicionado para la época de verano. Pero en este caso, el avance tecnológico provocó el asentamiento definitivo de la mano de obra que ahora tiene trabajo todo el año. Como quiera, el ritmo de la mecanización y el desplazamiento de la mano de obra ha sido implacable, como puede apreciarse en la gráfica 1.

La mecanización no sólo ha desplazado a los peones, también ha relegado a los medieros, rancheros, granjeros, aparteros y pequeños propietarios.

DECLINE IN FARM WORKERS, 1900-1994



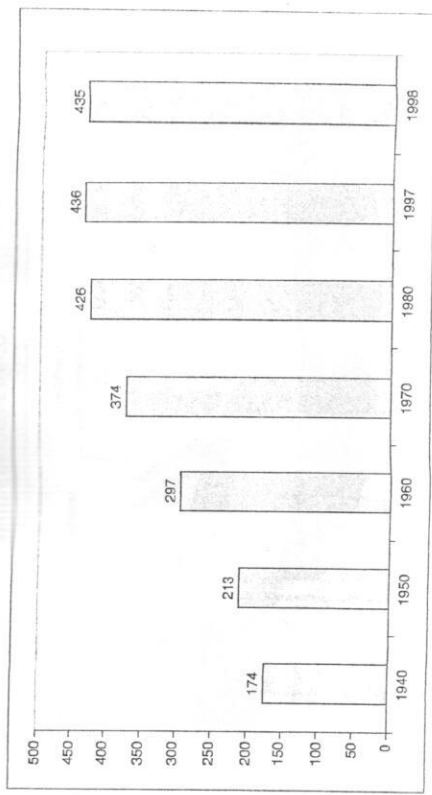
Gráfica 1. Fuente: The World Almanac 2000.

Durante todo el siglo XX la norma ha sido reducir el número de granjas y aumentar el número de acres. Algunos pequeños y medianos agricultores prefieren rentar o vender sus tierras porque ya resulta muy complicado competir con los gigantes de la producción agrícola. En 1940, el tamaño promedio de una granja era de 174 acres y a fines de siglo la cifra se duplicó a 435 acres (Gráfica 2).

La mecanización, el control de la tierra y el acaparamiento del agua se relacionan directamente con el proceso de generación y crecimiento de las grandes empresas agrícolas, en contraposición con el antiguo sistema *farmer*. De manera paralela, el sistema de contratación directo por parte del productor viene siendo reemplazado, de manera lenta pero constante, por el sistema de subcontratación que en la actualidad maneja al 20% del total de la mano de obra agrícola en Estados Unidos (DOL, NAWA, 2000).

Pero, más que desaparecer, los *farmers* tienden a asociarse con las grandes compañías que prefieren rentar la tierra a los propietarios o trabajar con ellos de manera indirecta, como aparceros, proporcionándoles la planta, insumos y asesoría. De ese modo mantienen a los *rancheros* trabajando para ellos, pero tienen la posibilidad de moverse libremente según las indicaciones del mercado o la competencia. En Ohio, por ejemplo, se

SIZE OF AVERAGE U.S. FARMS (IN ACRES), 1940-1998



Gráfica 2. Fuente: The World Almanac 2000.

optó por la mecanización de la cosecha de jitomate a comienzos de los ochenta, lo que redujo sensiblemente los requerimientos de mano de obra. Pero luego llegó la competencia del jitomate de California y los productores de Ohio tuvieron que dejar de sembrar jitomate, para sembrar pepino. Un cultivo que no ha podido ser mecanizado y por tanto depende de manera absoluta de la mano de obra mexicana (Migrationworld, N.3, 1999). En este caso, la inversión en maquinaria resultó ser un fracaso.

Al parecer, la mecanización y el latifundismo tienen sus propios límites. El ritmo de decrecimiento en el empleo de jornaleros agrícolas se ha estabilizado en fechas recientes. Entre 1980 y 1994 apenas si disminuyó, al pasar de 2,7 a 2,5 millones (Gráfica 2). El mismo fenómeno se puede apreciar en el tamaño promedio de las granjas que en 1980 era de 426 acres y en 1998 alcanzó una cifra muy cercana, 435 acres (The World Almanac, 2000).

En lo que respecta a los trabajadores, muy posiblemente el límite pueda fijarse en torno a los dos millones. No se puede eliminar de manera total al trabajador agrícola. La mecanización desplaza trabajadores pero también crea nuevos empleos, lo que compensa en cierta medida las pérdidas y además significa la apertura de un mercado para trabajadores cualificados, capaces de manejar maquinaria y asumir otro tipo de responsabilidades.

Por otra parte, la mecanización ofrece también la oportunidad de ampliar la producción y exportar, lo que también implica la creación de nuevos empleos en las fases del proceso que todavía demandan mano de obra. Además de estos factores, influye también el desplazamiento de la mano de obra agrícola local, que deja vacantes sus puestos de trabajo para que sean cubiertos por nuevos trabajadores migrantes, que llegan de México.

La mexicanización

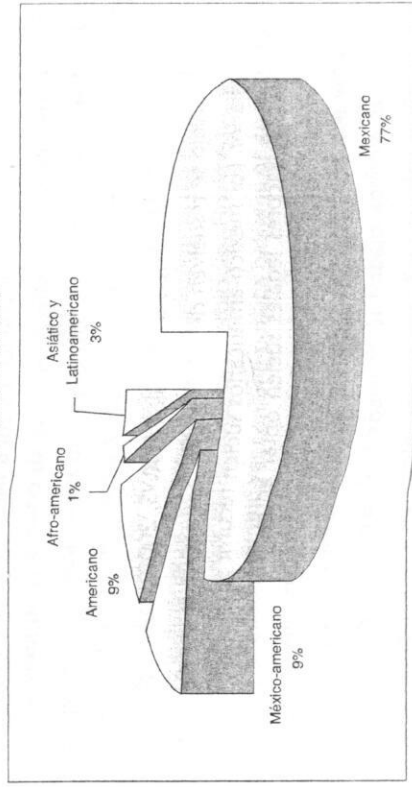
Resulta una obviedad afirmar que en el sudoeste americano predomina la mano de obra agrícola de origen mexicano. Lo que no resulta tan obvio es afirmar que esta tendencia se ha generalizado en toda la Unión Americana. La presencia de los trabajadores mexicanos en el agro norteamericano ha dejado de ser un asunto de dimensión regional para convertirse en un tema de dimensión nacional.

El cambio en el perfil del trabajador agrícola sólo se ha dado en dos sentidos, su composición nacional y su origen étnico, el primero refleja la situación actual de mexicanización, el segundo, hace referencia al futuro mediano, el proceso de indigenización de la agricultura en México y Estados Unidos, tema que será tratado en el siguiente acápite. Por lo demás, la situación sigue igual: los trabajadores agrícolas ganan el mínimo, viven en condiciones deplorables, la mayoría son indocumentados, el trabajo es temporal y, finalmente, el proceso de sindicalización sigue siendo muy limitado.

La mexicanización de la mano agrícola es un hecho que se demuestra con cifras. Según el último reporte del Departamento de Trabajo (NAWS, 2000), al finalizar el siglo XX, más de tres cuartas partes de la mano de obra agrícola era mexicana (77%) y otra décima parte era de origen mexicano (9%) (Gráfica 3).

En la fracción restante, una décima parte corresponde a trabajadores agrícolas americanos blancos (9%), una mínima parte a trabajadores agrícolas afroamericanos (1%) y lo que queda se reparte entre asiáticos y latinoamericanos (3%).

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE TRABAJADORES AGRÍCOLAS SEGÚN ORIGEN ÉTNICO



Gráfica 3.

La predominancia mexicana se debe fundamentalmente a seis características básicas, que otros grupos de trabajadores no pueden cumplir: baratura, temporalidad, juventud, capacitación, movilidad y ser indocumentados.

1. La baratura de la mano de obra mexicana se debe, fundamentalmente, a la diferencia salarial que existe entre el jornal mexicano y el de Estados Unidos. Una hora de salario mínimo trabajada en Estados Unidos, equivale a 8 horas de salario mínimo trabajadas en México. Es decir, una relación de uno a ocho. De ahí que sólo puedan trabajar en el campo norteamericano aquellos que juegan con la lógica del tipo de cambio. Si no fuera por eso, el campo norteamericano hace mucho que habría entrado en crisis.

Si hipotéticamente los trabajadores mexicanos abandonaran el medio agrícola norteamericano sería muy complicado reemplazarlos. Sólo quedarían dos opciones: incrementar el salario al doble o importar mano de obra de algunos países del tercer mundo. La primera opción no conviene económicamente y la segunda, políticamente. Es más fácil y barato dejar pasar a los mexicanos y regular la oferta con deportaciones recurrentes y selectivas en el tiempo y el espacio.

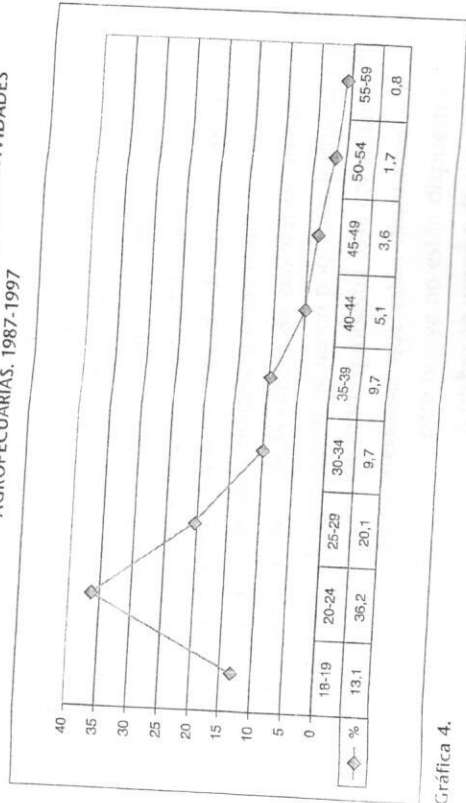
2. Pero, la presencia mexicana es factible, porque se trata de un trabajador que vive al otro lado de la frontera, que es temporal, que va y

viene, que tiene a su familia en México y que espera algún día regresar a su terruño. La brecha salarial existe con muchos otros países, incluso mucho más pronunciada, pero lo relevante es que ésta se da en un contexto de vecindad geográfica.

En promedio, el trabajador agrícola trabaja 2.5 semanas en el campo y cuatro semanas en otro tipo de trabajos (NAWS, 2000). Los meses en que no hay trabajo se resuelven de manera diferente según la condición legal del trabajador. Los México-americanos suelen recurrir al seguro de desempleo. Los trabajadores legales suelen optar entre el seguro y regresar a México, donde sus ahorros, en dólares, pueden rendir más. Algunos pocos recurren a los dos sistemas. De hecho, sólo el 20% de la fuerza laboral agrícola recurre al seguro de desempleo, cuando el 45% tendría derecho (DOL, MAWS, 2000). Por último, los indocumentados tienen muy pocas salidas, no pueden recurrir al seguro de desempleo y no pueden regresar a México porque resulta muy caro y arriesgado tener que volver a pasar la frontera. No les queda otra salida que ajustarse al cinturón.

3. La baratura y la temporalidad están asociadas con la tercera característica: la juventud. La mano de obra agrícola tiene en promedio 31 años, cifra en la que coinciden varias fuentes (NAWS, 2000; MMP, 1987-1996;

GRUPOS DE EDAD DE LOS MIGRANTES QUE LABORAN EN ACTIVIDADES AGROPECUARIAS. 1987-1997



Gráfica 4.

IFE, Salinas, 1998). Normalmente, los trabajadores agrícolas ingresan a los 18 años y empiezan a salir a los 25 (Gráfica 4).

Se trata de una mano de obra revolviente en un triple sentido. Primero, porque los trabajadores de reemplazo, dispuestos a ser explotados, vienen de México y regresan a México. En segundo término, porque entran jóvenes y salen maduros, entran fuertes y sanos y salen cansados y enfermos, principalmente de enfermedades esqueleto-musculares y de alergias e intoxicación causadas por pesticidas y herbicidas. Finalmente, la selectividad por edades tiene que ver con una política patronal de contratar únicamente personal joven.

4. El carácter revolviente de la mano de obra tiene que ver también con la condición física del trabajador. El trabajo agrícola es físicamente muy demandante y por tanto desgastante. Sólo pueden realizarlo gentes jóvenes e "impuestas" a este tipo de trabajo. Los trabajadores de origen urbano muy difícilmente pueden aguantar una jornada agrícola, porque no tienen la resistencia y la experiencia adecuadas, porque no saben trabajar con las manos y porque no conocen las plantas. El origen campesino del trabajador agrícola mexicano es una cualidad que es buscada y demandada por los empleadores y los contratistas norteamericanos, pero que no es recompensada.

5. El carácter temporal y estacional del trabajo agrícola tiene que ver con un quinto factor: la movilidad. El trabajador agrícola debe estar dispuesto a seguir el ritmo de las cosechas y tiene que adaptarse a nuevos lugares y ambientes de trabajo. De ahí que la mayoría de los trabajadores agrícolas sean hombres (80%) y que viajen solos, sin su familia. Esta opción tiene que ver también con el problema del alojamiento, que por lo general son galerones donde no se permite la entrada de mujeres o departamentos rentados donde impera el hacinamiento.

Los jornaleros agrícolas suelen seguir tres circuitos migratorios ancestrales: el del oeste que va de California a Oregon, Washington y Idaho; el del medio oeste que surge en Texas y se dirige hacia Wisconsin, Minnesota, Michigan y Ohio y el circuito de la costa este, que se origina en la Florida y se remonta al norte por el rumbo de Georgia, las Carolinas, Virginia, Maryland y New Jersey.

6. Finalmente, un trabajo temporal, mal pagado y desgastante sólo es aceptado por las personas que están más desprotegidas: los indocumentados. Se estima que el 60 por ciento de los trabajadores agrícolas están por debajo del nivel de pobreza (Calavita, 1999). Después de un esfuerzo inusitado por legalizar a la mano de obra agrícola, con el Programa de Trabajadores Agrícolas Especiales (SAW), que legalizó a cerca de 1 millón de trabajadores mexicanos, el Departamento del Trabajo reconoció que en 1990, el 19% de la fuerza laboral que trabajaba en la agricultura de manera estacional no tenía autorización (NAWS, 1990). Diez años después, afirmaron que más de la mitad (52%) no tenían permiso para trabajar. La razón es obvia, la mayoría de los que tienen documentos optan por otro tipo de actividad y los trabajadores legales que persisten en la agricultura son aquellos que están sindicalizados y por tanto tienen mejores salarios y prestaciones. De ahí que los reemplazos, que ingresan a trabajar por primera vez en la agricultura, sean en su mayoría trabajadores indocumentados.

En efecto, la reserva de mano de obra agrícola norteamericana depende de la reserva de mano agrícola mexicana. El problema radica en que la mano de obra agrícola mexicana no es ilimitada. El país ha sufrido un cambio drástico en las últimas décadas y hace tiempo que dejó de ser un país preponderantemente rural. Cada vez hay menos campesinos dispuestos a trabajar en México y los únicos que están dispuestos a realizar este tipo de trabajo son mujeres y jornaleros indígenas de Oaxaca, Puebla, Guerrero y Veracruz. Una vez llegado a este tope, no hay nadie más.

La única opción sería recurrir a mano de obra foránea, de tipo indígena, que son los únicos dispuestos a realizar este tipo de trabajo. Es lo que sucede, en el ámbito local, en el estado de Chiapas, donde los finqueros recurren a mano de obra indígena guatemalteca. Los mayas son, en realidad, el último eslabón de la cadena de explotación indígena, ya que los otros países centroamericanos no tienen población indígena significativa.

Otra manifestación del mismo problema es la constatación de que hay trabajadores agrícolas mexicanos que están dispuestos a trabajar en el campo en Estados Unidos, pero que ya no están dispuestos a trabajar en el campo en México. Es decir, no hay un proceso de reposición de la mano de obra agrícola mexicana. Así como los trabajadores legales abandonan

los trabajos del campo en Norteamérica, los migrantes abandonan el trabajo agrícola en su terruño. El único objetivo para seguir trabajando en el medio agrícola en Estados Unidos es, precisamente, la esperanza de que los hijos puedan salir de ese medio.

Como quiera, es un hecho indiscutible que la mano de obra agrícola norteamericana está en franco proceso de mexicanización. Incluso en lugares como La Florida y la costa este donde concurrían tradicionalmente trabajadores caribeños y afroamericanos.

En efecto, la presencia mayoritaria de mexicanos en la agricultura no es un fenómeno nuevo ni espontáneo, es un proceso largo y cuidadoso de conformación de un tipo especial de mano de obra, que se ajusta a los requerimientos específicos de este mercado. La hegemonía del trabajador mexicano en el campo norteamericano ha significado el desplazamiento de otros sectores de la población que trabajaban en la agricultura.

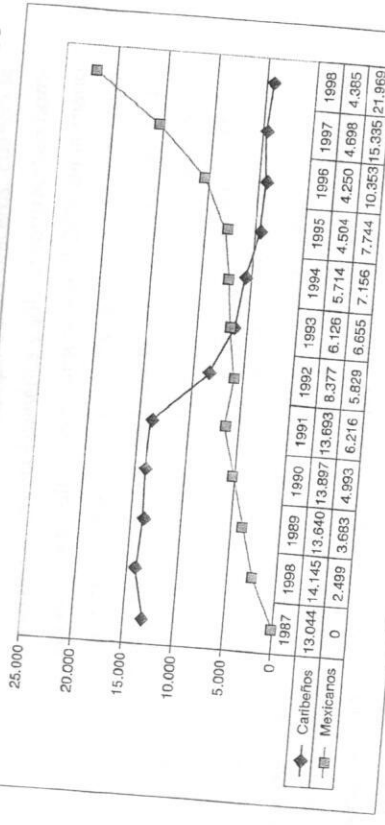
En California, por ejemplo, no era evidente, a comienzos del siglo XX, una preponderancia de la mano de obra mexicana. Según Taylor (1932), en el Valle Imperial predominaban los trabajadores blancos y había muy pocos mexicanos. Luego llegaron japoneses, chinos, filipinos, hindúes, negros e indios americanos. Todos estos grupos salieron del valle en la década del veinte y sólo se quedaron los mexicanos.

Durante la crisis del 29 y los años siguientes los desplazados de la agricultura fueron los mexicanos, cerca de medio millón de personas fueron deportadas. En el medio oeste los cultivadores de betabel volvieron a emplear inmigrantes de origen europeo que no tenían trabajo (Valdés, 1982) y en el sudoeste llegaron a trabajar oleadas de blancos pobres y afroamericanos desplazados de Oklahoma, Arkansas y los estados del sur.

El tercer gran desplazamiento se realizó en la década del 40, con el Programa Bracero. En el contexto de la segunda guerra, los trabajadores blancos y en menor medida afroamericanos dejaron los campos para enrolarse en el ejército o el trabajo industrial. Después de 22 años y más de 5 millones de personas contratadas y otros 5 millones de trabajadores ilegales, una buena parte del trabajo agrícola del sudoeste norteamericano quedó supeditado a la mano de obra mexicana.

El cuarto proceso de desplazamiento se dio en la costa este y en la

TRABAJADORES TEMPORALES CON VISAS H2A SEGÚN PAÍS DE ORIGEN, 1987-1998



Gráfica 5.

región sureña, que dependían de la mano de obra afroamericana y caribeña para el trabajo agrícola. Desde los años sesenta, los mexicanos y algunos grupos de centroamericanos (guatemaltecos y hondureños) han empezado a penetrar en este mercado agrícola y han logrado desplazar de manera casi absoluta a la mano de obra afroamericana, que hoy sólo aporta el 1% a nivel nacional y de manera muy significativa a la que provenía del Caribe: Jamaica, Haití y Dominicana. El proceso de mexicanización alcanzó el programa de visas H2A diseñado de manera especial, durante el Programa Bracero, para los no mexicanos. Pero a partir de IRCA (1987), paradójicamente las visas H2 se fueron aplicando para el caso de trabajadores agrícolas mexicanos, especialmente para los trabajos del tabaco en las Carolinas y Virginia. En el año 2000 la tendencia seguía al alza y se estiman en 30.200 las visas H2A otorgadas (Gráfica 5).

Por su parte, las visas H2B para el sector servicios también registraron un alza notable y llegaron a otorgarse 45.037 visas en ese mismo año, según la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Por último, se ha empezado a notar la presencia de mexicanos en el medio oeste, el último bastión de agricultores *farmers* de Norteamérica. En el medio oeste se concentra la mayor proporción de trabajadores blancos

en la agricultura (48%) (DOL, NAWA, 1989). Sin embargo, año con año aumentan los granjeros que contratan trabajadores mexicanos que provienen de Florida, Texas y México y que tienen que viajar más de 2.000 millas para llegar a sus lugares de trabajo. Los mexicanos no sólo están desplazando a los trabajadores locales blancos y afroamericanos, también han desplazado a los migrantes blancos que prevenían de los Apalaches y que tradicionalmente llegaban a la cosecha del *blueberry* (Griffith y Kissan, 1995).

En efecto, si bien la mecanización y el desarrollo tecnológico desplazan trabajadores agrícolas, también hay que señalar que el proceso de mexicanización abre oportunidades y nuevas fuentes de empleo, que quedan vacantes por los sucesivos desplazamientos. Por otra parte, el incremento en la demanda de alimentos frescos y "orgánicos" en la dieta norteamericana, ha generado nuevas fuentes de empleo agrícola, que son retomadas por trabajadores migrantes mexicanos.

Finalmente, la mexicanización del campo en Estados Unidos conlleva necesariamente a la hispanización de las relaciones laborales. Hoy en día, más del noventa por ciento de los trabajadores agrícolas habla español. En consecuencia, la mayoría de los contratistas, mayordomos y mandos medios tienen que ser bilingües. El hecho de que el "idioma oficial", en el medio agrícola norteamericano, sea el español, limita la entrada de otros grupos, que pudieran hacerle competencia a los mexicanos. Como quiera, la competencia a los mexicanos se la están haciendo ellos mismos, con el ingreso, cada vez más numeroso, de trabajadores indógenas.

La indigenización

Los procesos de desplazamiento de la mano de obra en Estados Unidos tienen su contraparte en el campo mexicano. La salida de campesinos que optan por el trabajo en el extranjero ha propiciado dos procesos paralelos: la feminización del trabajo agrícola, en el caso de ejidatarios y pequeños propietarios, y la indigenización de la labor del jornalero agrícola, en el caso de las plantaciones. Las mujeres del medio rural y los indógenas son las dos únicas reservas laborales agrícolas de las que México todavía dispone.

A diferencia de lo que sucedía en el tiempo de los braceros, cuando se implementó un proceso de selectividad genérica y sólo se contrataban hombres, en la actualidad en la agricultura norteamericana el 20% de la mano de obra es femenina. Este proceso es mucho más agudo en la agricultura mexicana donde cada vez es más notoria la participación de la mujer en las labores agrícolas. Por otra parte, en la agricultura de plantación de productos comerciales y de exportación, que requiere de mano de obra intensiva en los tiempos de cosecha, se han dado los dos procesos de manera conjunta, por una parte, la feminización y por otra, la indigenización.

De hecho, el sistema de plantación en México, particularmente en Sinaloa, Sonora y Baja California, desde hace mucho tiempo ha dependido de los trabajadores migrantes, en su mayoría de extracción indígena. Pero la migración indígena, a diferencia de la de los jornaleros agrícolas de origen campesino, suele ser una migración familiar, ya que toda la unidad doméstica está comprometida en el trabajo, incluyendo a mujeres, ancianos y niños.

A partir de esta dinámica, los migrantes indígenas de Oaxaca y Guerrero empezaron a llegar a Baja California y allí asentaron sus reales: las mujeres en el comercio y los hombres en la agricultura. Una forma tradicional de división del trabajo en la sociedad indígena (Arias, 1996). Es el caso paradigmático del asentamiento Mixteco y Zapoteco del Valle de San Quintín, en Baja California. Una vez asentados en la franja fronteriza los indígenas empezaron a pasar al otro lado a fines de la década del setenta y comienzos del ochenta, hasta convertirse en una comunidad estable y numerosa. La ruta de la migración interna hacia las plantaciones del norte de México condujo a los indígenas hacia California.

Sin embargo, su inexperiencia y arribo tardío no les permitió aprovechar la coyuntura de IRCA para legalizar su situación. La tasa de participación de los migrantes provenientes de Oaxaca en el programa de legalización fue mínima (0,90%) (IRCA, 1995). Esta situación los colocó en una situación de vulnerabilidad y los obliga a participar de manera prioritaria en el mercado de mano de obra agrícola.

Es difícil estimar el grado de indigenización de la mano de obra agrícola en Estados Unidos, pero cada vez es más perceptible la participación de

migrantes de la región central, en especial Oaxaca, Puebla e Hidalgo. Al respecto, en una investigación realizada en Salinas, California, se percibe claramente la predominancia de la región de origen histórica, en especial de los estados de Michoacán (27,59%) y Guanajuato (24,14%); pero también empieza a ser significativa la región de origen central, en especial los estados de Oaxaca (20,7%) e Hidalgo (10,3%), ambos con población predominantemente indígena (IFE Salinas, 1998). Como quiera se trata de un nicho laboral donde se concentran los más pobres, lo que coincide con la extracción de origen indígena. Dos terceras partes de los trabajadores agrícolas viven en la pobreza, según los índices establecidos en Estados Unidos (Calavita, 1999).

La migración de indígenas a Estados Unidos no es fenómeno nuevo. Se dice que los primeros braceros fueron indios de Baja California que fueron traídos por Fray Junípero Serra a la villa Los Ángeles en el siglo XVI (Rural Migration News, 1999). Posteriormente, a comienzos del siglo XX se importaron indios Cocopas para los trabajos de nivelación de terrenos y construcción de canales para el proyecto de irrigación del Valle Imperial (Taylor, 1932). Es conocida también la emigración de indios Yaquis a Phoenix, Arizona, que huían de la guerra en tiempos porfirianos (Durand, 1994). Se conoce también la tradición migratoria de indios michoacanos de la meseta purépecha (Beals, 1946; Durand, 1994) y del entorno del lago de Pátzcuaro (Taylor, Edward, 1981; Pietri, 1976).

Pero todos estos casos son ejemplos aislados. Quizá la migración de carácter indígena más sistemática haya sido la michoacana, pero siempre se la ha considerado como una migración más de tipo mestizo, incorporada en la migración de la región histórica. En cambio, en la actualidad, la presencia de Mixtecos, Zapotecos Triques y otras etnias de Puebla, Oaxaca, Hidalgo y Guerrero parecen ser un fenómeno mucho más generalizado. En New Jersey por ejemplo, en el poblado de Bridgeton, el 60% de la población proviene del estado de Oaxaca y trabaja en la agricultura. A la presencia indígena mexicana hay que sumar pequeños grupos de indígenas guatemaltecos, principalmente Kanjobal y Chuj que llegaron a California y la Florida a fines de los setenta. En el caso de Florida, la mayoría son indocumentados (43%), los restantes son asilados (33%) y legalizados

según LAW o SAW (24%). Es importante destacar que una parte de los migrantes provenía de los campos de refugiados guatemaltecos en Chiapas, México. La presencia guatemalteca, sumada a la mexicana y a la caribeña, fue interpretada por Griffith (2000), como un proceso de "latinización". Pero en realidad, las cifras globales ponen en evidencia que la dinámica general la tienen los mexicanos y que la presencia de centroamericanos es apenas significativa. En Salinas, por ejemplo, los centroamericanos son el 2 por ciento del total.

La indigenización del campo en Estados Unidos es, a su vez, una consecuencia directa de la indigenización del trabajo agrícola en México. El problema para México y también para Estados Unidos es que esta reserva constituye el último grupo dispuesto y capaz de trabajar en la agricultura, bajo las condiciones actuales. La suerte está echada, si en realidad se ha llegado al tope mínimo de reducción de la mano de obra agrícola, los reemplazos del futuro serán, cada vez más, de población indígena. La escasez de trabajadores en el campo mexicano, problema cada vez más acuciante, se ha resuelto con el enganche de mano de obra indígena nacional, como en el caso de Sayula, en Jalisco, y con la importación informal de mano de obra indígena guatemalteca, como sucede en Chiapas.

En algunas zonas, como en los altos de Jalisco, por ejemplo, los peones agrícolas ganan dos o tres salarios mínimos, lo que ha generado la llegada de trabajadores del estado de Hidalgo. La gente de la región prefiere trabajar en las fábricas de productos lácteos, en la forestal o en las nuevas labores que genera el turismo de montaña. Pero ya muy pocos quieren trabajar como peones en el campo. Si ése es el caso, prefieren hacerlo en Estados Unidos.

Conclusiones

El proceso de mecanización, además de desplazar a la mano de obra sobrante, ha tenido la virtud de operar como un medio de disuasión. Las máquinas siguen siendo una amenaza y los trabajadores agrícolas que además de enfrentar el hambre, la sed, el calor, el dolor de espalda y el mal

dormir se enfrentan al miedo de que si se sindicalizan serán deportados y si piden aumento de salario no les quedará otra salida a los productores que mecanizar totalmente la producción.

Ante la propuesta de un nuevo programa de trabajadores agrícolas, las voces a favor de la mecanización han vuelto a alzarse, incluso entre las filas de los estudiosos de la migración. Phill Martín, por ejemplo, opina que es técnicamente factible la mecanización de varias cosechas, entre ellas la uva y la manzana, pero que no se concluye con el proceso de mecanización, porque sigue siendo más barato contratar mexicanos. Por su parte, Mark Krikorian opina que es un error grave volver a realizar un programa de trabajadores agrícolas, dado que son pobres, tienen índices muy bajos de escolaridad y utilizan un alto porcentaje de programas federales de apoyo (*welfare*). Lo que debe hacer el gobierno es apoyar a la investigación privada y universitaria para producir cosechadoras de productos hortícolas y frutícolas y así reducir la dependencia que existe de la mano de obra mexicana (*The Idaho Statesman*, 22 de Julio de 2001).

Como quiera, la agricultura ha dejado de ser el principal mercado de trabajo al que acuden los mexicanos, pero a su vez la agricultura se ha convertido en un mercado de trabajo exclusivo para mexicanos. Lo que fuera una dinámica de corte regional, localizada en el sudoeste, es ahora un proceso de dimensión nacional, que está afectando de manera notoria a poblaciones menores del medio oeste y la costa este.

Hay una relación de dependencia entre la agricultura norteamericana y la mano de obra mexicana. De ahí que el proceso de mexicanización refleje de manera incipiente los procesos que se están dando en México: feminización de la agricultura, mayor presencia de trabajadores indígenas y escasez de mano de obra en algunas regiones.

La mecanización de la agricultura no resuelve el problema de la emigración de trabajadores a Estados Unidos. Pero la agricultura sí puede ser un medio en donde se pueda experimentar una política de trabajadores huéspedes. Y si en el medio agrícola sólo trabajan mexicanos, es obvio que este tema debe tratarse de manera bilateral. Se trata de un mercado de trabajo acotado, de tipo temporal y con requerimientos específicos de mano de obra que permiten definir con precisión los tiempos y movimientos y el

perfil de los trabajadores. Normalmente se supone que un país dependiente está en situación de desventaja, aspecto que podría ser utilizado a favor de los migrantes.

Si durante el Programa Bracero se llegaron a movilizar medio millón de personas en un año, hoy en día, podría hacerse otro tanto. Por otra parte, si se encara esta problemática directamente, se habría resuelto uno de los problemas más acuciantes de estos momentos en cuanto condiciones laborales, salarios, salud, vivienda y cruce fronterizo.

Bibliografía

- ARIAS, Patricia. «Three Microhistories of Women's Work in Rural México» en Heather Fowler-Salamini y Mary Kay Vaughan Eds. *Women of the Mexican Countryside 1850-1990*. Tucson, The University of Arizona Press, 1994. Pp. 159-173.
- BEALS, Ralph Cherán. «A Sierra tarascan village», Washington, *Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology*, 4. 1946
- BEAN, Frank; CORONA, Rodolfo; TUJIRÁN, Rodolfo y WOODROW-LAFIELD, Karen A. «The quantification of migration between México and the United States», en *Comisión Binacional, Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre migración*, Austin, Morgan Printing, 1998, Tomo 1, pp. 1-90.
- CALAVITA, Kitty. *California's employer sanctions: the case of the disappearing law San Diego*, Center for U.S. Mexican Studies, 1982
- DURAND, Jorge. *Más allá de la línea*, México, CNCA, 1994.
- «Migración y trabajo indígena en Estados Unidos» en Claudio Estevabregat *Sistemas de trabajo en la América Indígena*. Quito, Ediciones Abya-Yala. 1994. pp.249-280.
- GRIFFITH, David. «Hay trabajo. Poultry processing, rural industrialization, and the latinization of low-wage labor», en Stull, Donald D., Michael J. Broadway y David Griffith, *Any way you cut it. Meat processing and small town America*, USA, University Press of Kansas, 1995, pp. 129-151.
- «Work and immigration. Winter vegetable production in South Florida»,

en Richard Tardanico y Mark B. Roseberg (editors) *Poverty and development*, New York. Routledge, 2000, pp. 139-178.

GRIFFITH, David y De KISSAN. *Working poor. Farmworkers in the United States*, Philadelphia, Temple University Press, 1995.

IFE, Salinas. Encuesta realizada, en Salinas, California, por Jorge Durand y Víctor Zúñiga, como parte de los trabajos de la Comisión de Especialistas del Instituto Federal Electoral para el estudio de las modalidades del voto de los mexicanos en el exterior, 1998.

Migrationworld, Magazine, New York, N.3, 1999

MMP. Base de datos del Mexican Migration Project. 2000. Univesidades de Pennsylvania y Guadalaajara. <http://lexis.pop.upenn.edu/mexmig/welcome.html>

PIETRI, Anne Lise y RENÉ. *Empleo y Migración en la Región de Pátzcuaro*. México, Sep/NI, 1976.

Rural Migration News, <http://migration.ucdavis.edu/mn> 1996, 1997.

Smithsonian Institution *Annual Report of the Board of Regents*. Publication 4314, Washington, 1958.

TAYLOR, S. Paul *Mexican Labor in the United States*. Berkeley, University of California Press, 1930. Tomo I Tomo II, 1932.

TAYLOR, J. Edward. «Diferential Migration Networks, Information, and Risk» In: Oder START (Ed.) *Research in Human Capital and Development: Migration, Human Capital and Development*. Vol 4. Greewich, Conn., Jai Press, 1981. pp. 147-141.

The Idaho Statesman, Julio, 2000

U.S. Department of labor, *Finding from the national agriculture workers survey (NAWS)*, Research report N.2. November, 1981.

U.S. Department of labor, *Findings from the national agricultural workers survey (NAWS)*, Research report n. 8. March, 2000.

VALDÉS, Dennis Nodín. *Al norte, Agricutural in the great lakes region, 1917-1970*, Austin, Texas, University of Texas Press, 1991.

World Almanac 2000. Mahwah, New Jersey, World Almanac Books, 2000.